



UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

TRABAJO FINAL DE GRADO

Montevideo 30/07/2016



**La intersubjetividad en la encrucijada actual del
reconocimiento y la pertenencia.**

Tutora:

Prof. Adj. Sylvia Montañez Fierro

Revisora:

Prof. Adj. Virginia Masse Fagundez

Estudiante:

Mariana Blengini Gorkin

1.557.943-6

Índice

❖ Carátula.	pág. 1
❖ Índice.	pág. 2
❖ Resumen.	pág. 3
❖ Introducción.	pág. 4
❖ Fragmentos de lazos.	pág. 4
❖ Lazos vitales.	pág. 10
❖ El reconocimiento nudo del lazo?	pág. 13
❖ El primer lazo.	pág. 17
❖ Lo que no enlaza.	pág. 19
❖ Lazos flojos.	pág. 23
❖ Lazos rotos.	pág. 25
❖ Lazos virtuales: la encrucijada capitalista.	pág. 28
❖ A modo de conclusión.	pág. 37
❖ Referencias bibliográficas	pág. 41

Resumen

Este trabajo monográfico se enfoca en la temática del reconocimiento. Se analiza y reflexiona acerca de las concepciones de Honneth y Ricoeur, en relación a la necesidad de reconocimiento y de pertenencia, como soportes identitarios conjugados en la intersubjetividad. Otro posicionamiento que se considera es la concepción psicoanalítica. Se estiman referentes importantes en relación a la temática las teorías que aportan en la construcción del psiquismo, como la de Winnicott, así también los aportes de algunas de las líneas del psicoanálisis contemporáneo, fundamentalmente algunas concepciones freudianas y lacanianas, como las de Guerra, Viñar, Anzalone, Montañez Fierro, Bleichmar.

Consideramos sustancial contextualizar el enfoque en el escenario actual, intentando dar inteligibilidad al discurso predominante que pertenece al sistema capitalista en el cual estamos inmersos y apuntando especialmente a una de sus vertientes que es el de las tecnologías virtuales. Nos interesa, para poder captar sus posibles efectos y las transformaciones en la conformación de la subjetividad actual.

Las condiciones contemporáneas en las que la experiencia intersubjetiva acontece, parecen poner en jaque la experiencia y el acto del reconocimiento, tanto en el ámbito psicológico como en el social. Así considerado, algunas fronteras que se erigen explícitamente en la exclusión social o en formas extremas de desubjetivación, señalan su posible fracaso. También en algunas formas que toma la demanda en la clínica actual, que dan cuenta de carencias y fragilidad en la constitución psíquica de los sujetos, atribuibles posiblemente a un déficit en experiencias intersubjetivas tempranas entre otras dimensiones.

Palabras claves: Reconocimiento- Pertenencia- intersubjetividad.

Introducción

Este trabajo surge a partir de mi formación en la facultad de Psicología, y el interés es fruto del proceso de formación en psicología clínica con un enfoque interdisciplinario para abordar las problemáticas del reconocimiento y la pertenencia.

Destaco además que el tema me interesa y dirige la búsqueda de respuestas a interrogantes que surgen de mi experiencia cotidiana en diversas instancias del contexto histórico-sociocultural, pues como ciudadana participo y observo en diferentes manifestaciones sociales distintas problemáticas que son acuciantes: adicciones, conflictos raciales y religiosos, y en expresiones individuales, a nivel de la psicopatología, que he visto en la formación de Facultad y en el entorno próximo: ataques de pánico, depresión, miedos diversos. Considero que son formas contemporáneas del malestar, del sufrimiento y de la patología psíquica, que pueden ser pensadas como expresiones factibles y singulares que denotan, entre otros aspectos, la forma actual en que se constituyen los vínculos sociales y las maneras en que probablemente se genera el lazo social.

Fragmentos de lazos

Para contextualizar los que pueden ser pensados como cambios en la producción subjetiva actual, lo propuesto por el historiador Lewkowicz (2006) habilita a reflexionar. Señala que el Estado nación ya no se constituye como condición subjetiva de nuestro pensamiento, no es ya la instancia dominante. Ante la ausencia de los supuestos que otorga el Estado, este ya no determina la base de las experiencias sobre las que las subjetividades se conforman y estas ceden ante nuevos terrenos bastante menos sólidos. Postula que: "*Pensar sin estado* es una contingencia del pensamiento" (Lewkowicz, 2006, p. 10). Enuncia la contingencia, referida a los modos posibles de configurarse el pensamiento, los que como condición de época estarán referidos al agotamiento de las representaciones estatales y a la declinación de su soberanía como ejes organizadores de subjetividad. Lewkowicz (2004) define que las transformaciones serán drásticas en las condiciones de experiencia del sujeto, y denomina catástrofe al derrumbe y el desfondamiento del conjunto de instituciones que daban armado al edificio social. Tales cambios inauguran la era de la fluidez:

Para mí lo propio del medio fluido es que la conexión entre dos puntos cualesquiera es siempre contingente: nunca está asegurada [...]. Son ámbitos muy distintos que por razones equis se cohesionan [...] Lo que tenemos en común es un problema y no una identidad. (Lewkowicz, 2004, p. 2)

Su reflexión sobre la coyuntura crítica que considera estamos atravesando le lleva a atribuirle un valor decisivo y la designa como otorgadora de nuevos sentidos que modifican el modo de pensar del sujeto. Se instituye una subjetividad nueva y distinta que convoca a una modalidad de agrupamiento y de pensamiento afín a la contingencia, con condiciones que el autor refiere como propias de las acciones que se ejecutan. Lewkowicz (2004) plantea que estas se desarrollan en ausencia de un gran relato capaz de articular simbólicamente, que les otorgue sentido y armado, es así que considera que no están dadas las garantías para constituirse “Un espacio habitable en el cual uno pueda devenir otro con otros” (Lewkowicz, 2004, p. 4). Por la forma en que lo plantea, tal vez ninguna figura desarrolle el espesor suficiente para ser representativa de la coyuntura actual que se configura de modo inesperado y contingente (Lewkowicz, 2006).

En la misma línea de pensamiento, Cantarelli y Lewkowicz (2001) reconocen dos aspectos en la idea del agotamiento del Estado. Por un lado la extenuación de la metainstitución Estado nación, otorgadora de sentidos productores de subjetividad ciudadana que ya no se podría reproducir para dar continuidad como totalidad articulada. Y por otro lado el surgimiento de una operatoria diferente que para los autores remite a un devenir caótico y no reglado. Sugieren que la crisis que toma forma de la descomposición del Estado es atribuible a no poder reproducir su función totalizadora y a que no le sigue una nueva recomposición general que se sostenga en dicha función (Cantarelli y Lewkowicz, 2001). La destitución del Estado en esta función genera un vacío, tanto en los modos espontáneos de organización de los pueblos como en su soberanía, la que ejerce sobre su población asentada en su territorio. Los autores justifican su postura, señalando que nada habilita a pensar que surja otra lógica totalizadora. “Por el contrario, hay indicios que permiten pensar que la operatoria de mercado no necesita, para su funcionamiento, la puesta en forma de una lógica de ese tipo. Más bien, pareciera que le hace obstáculo” (Cantarelli y Lewkowicz, 2001, p. 25). Para los autores, la crisis actual no da cuenta de un *impasse* o coyuntura entre dos formaciones, sino de un tipo de funcionamiento efectivo, donde el devenir no

reglado será su modalidad dinámica (Cantarelli y Lewkowicz, 2001). La operatoria del mercado, no se sostiene en una articulación simbólica, sino que es una conexión real.

El término *perplejidad* es propuesto como:

Un indicador de un tipo específico de reacción ante la crisis. Perplejidad tal vez, sea el término que designa sintomáticamente, la pérdida de vigencia de los parámetros capaces de leer la crisis actual [...] estamos perplejos, ante ese devenir aleatorio que se ha convertido en un término central de nuestras vidas (Cantarelli y Lewkowicz, 2001, p. 26).

Sostienen la necesidad de forjar procedimientos de pensamiento bajo las condiciones de un devenir imposible de anticipar, considerando que la dinámica fluida de los mercados no se apoya en unos fundamentos sólidos y perdurables. Sino que su condición ontológica está dada por el desplazamiento y el movimiento de las destituciones mercantiles.

Las operativas propuestas por los autores como estrategias de subjetivación serán sostener, ligar, afirmar, ante lo que ellos definen como subjetividades fragmentadas debido a la ausencia dominante de la función totalizadora estatal y por el modo de desarrollo de la operativa mercantil, que no es totalizadora ni localizada, sino todo lo contrario. Por lo que, de este modo, no se dibuja un mundo armónico y totalizante, sino fragmentos del mismo (Cantarelli y Lewkowicz, 2001).

Como posible consecuencia de las transformaciones actuales concebidas por los autores, se constituye una alteración en los parámetros de la conformación subjetiva, que remite a “La destitución práctica del tipo subjetivo instituido por los Estados Nacionales, que es el ciudadano” (Lewkowicz, 2001, p. 1). En el entendido de que las variaciones histórico-socioculturales de una época a otra pueden apreciarse en las modalidades en que se instituyen y generan las subjetividades. Fernández (1989) apuntala esta idea considerando que el modo como se componen las subjetividades en cada época responde a las demandas para las que fueron creadas. A la luz de los planteos de Lewkowicz (2001) se pone en jaque la prioridad de una identidad ideada en términos de nacionalidad al servicio de una soberanía estatal. Si ésta entra en crisis ya no será proveedora de representaciones donde identificarse.

“Existe más de una idea para invocar y mantener unidas a las ‘comunidades soldadas por ideas’ a las que uno está expuesto en nuestro abigarrado mundo policultural”

(Bauman, 2005, p. 31). Este filósofo entiende que la *identidad nacional* concreta no surgió de modo espontáneo y natural, nació ante una crisis de pertenencia bajo la necesidad de generar pertenencia e identificación ante nuevas representaciones que toman forma de la nueva ficción estatal y bajo el auspicio del emergente *moderno Estado*. Así se constituye la idea de *deber* para los habitantes del territorio soberano, sus ciudadanos, como sentido de obligatoriedad de responder y ajustarse a las leyes que este impone. Se va forjando la identidad nacional, que define como *agonista* (Bauman, 2005) por fortalecer y dar cohesión a los cimientos del surgente Estado. Se entabla un juego entre pertenencia y exclusión, de modo que la tarea se lleva adelante bajo formas de coerción y obligatoriedad para poder integrar al conjunto de los habitantes a un territorio como ciudadanos. Incluidos de este modo en él, comparten un destino donde identificarse y significar un pasado que les permite transitar el presente y avizorar un futuro, que bajo los auspicios de las representaciones que el Estado provee, se perciben menos inciertos. (Bauman, 2005). Considerando la crisis actual, el autor destaca: “Una vez que la identidad pierde los anclajes *sociales* que hacen que parezca ‘natural’, predeterminada e innegociable, la ‘identificación’ se hace cada vez más importante para los individuos que buscan desesperadamente un ‘nosotros’ al que puedan tener acceso” (Bauman, 2005, p. 57).

Según Lewkowicz (2001) la crisis actual emerge exactamente ante la pérdida de dichos anclajes sociales, con un Estado que licua su soberanía económica, en aras de una soberanía efectiva para los mercados. Para el historiador el resto se hunde y arrastra consigo su función de instancia articuladora de la vida social. (Lewkowicz, 2001) La pérdida de la soberanía económica implica la caída de la ley. Porque el fundamento de la ley del Estado es su soberanía, la que ejerce como monopolio legítimo de la fuerza sobre su territorio para dominar lo que allí ocurre, incluso la operativa de los mercados. Pero esto parecería ya no configurarse así; el régimen del capital actual al que los estados están sometidos parece dislocar las pretensiones estatales, por lo que ya no resulta una única respuesta soberana ante el condicionamiento de su flujo. “Lo que se llama globalización habrá que definirlo como unidad global del estímulo o de la causa, pero diferencia regional de la respuesta o del efecto. Por eso la globalización unifica y fragmenta” (Lewkowicz, 2001, p. 6).

Para ampliar esta idea recurrimos a la socióloga Vargas Valente (1999) quien observa que la amplia literatura especializada en el proceso de globalización habla por sí misma de lo que domina la esfera mundial, con visiones que se contraponen para dar

cuenta de un proceso ambivalente y en contradicción, que interpenetra los registros individuales y sociales en un proceso que nombra como *inédito*. Refiere a Castells (1997) y alude a lo que este denomina la *sociedad red*:

Caracterizada por la globalización de las actividades económicas estratégicas, por su forma de organización en redes, por la flexibilización e inestabilidad del trabajo y su individuación, por una cultura de la virtualidad real, por la transformación de los cimientos de la vida, el espacio y el tiempo, mediante la constitución de un espacio de flujos y del tiempo atemporal (Vargas Valente, 1999. p. 128).

Vinculado a la forma contingente y no reglada en que los capitales instauran flujos de circulación a nivel global, Lewkowicz (2001), considera que incitan modos fragmentados de respuesta que se reflejan en reducidos dominios de riqueza; inducen a vastos sectores sociales a la pobreza y diagraman paisajes de mayor exclusión social y ciudadanía sin resguardo. Condicionan los modos en que los sujetos hacen su experiencia vital, bajo condiciones de incertidumbre y contingencia, tanto en lo material como en lo referido al mundo social donde interactúan, que ahora parece estar sin el amparo ficcional que las representaciones estatales proveían.

Para la socióloga Vargas Valente (1999) también se despliegan procesos paralelos y simultáneos a la *globalización*, que con sus efectos de ruptura y conflicto, devora y desarma valores tradicionales. Estos se sustentan en visiones arcaicas que se expresan en prácticas y costumbres antidemocráticas. El proceso actual que se despliega lleva a la *destradicionalización* porque conjuntamente con la declinación de la función totalizadora del Estado, los valores que surgían de la unión de este con la tradición comienzan a perder también su estatuto dominante. Se abre así la posibilidad de que sean cuestionados. En este sentido, para el psicoanalista Viñar hablamos de “El cuestionamiento o derrumbe del orden patriarcal” (Viñar, 2008, p. 182). Un orden que ubica al sujeto en un nuevo estatuto donde no están las garantías aseguradas, por lo que su actitud reflexiva sobre su propia vida será relevante al tomar decisiones (Vargas Valente, 1999). Los efectos de los procesos referidos dan forma a movimientos que interpela el tradicionalismo, pero a su vez, ante la incertidumbre y el miedo a la desintegración de dichos valores, surgen otros movimientos donde se refuerzan respuestas conservadoras y fundamentalistas que podrán potenciar prácticas antidemocráticas (Vargas Valente, 1999). Estas situaciones de reforzamiento parecen surgir ante la necesidad de sostener procesos identificadorios que delimiten identidades, en una tentativa de retener anclajes sociales donde sostenerse y

neutralizar el efecto de fragmentación antes referido. Esta condición de época interpela al reconocimiento de un otro como alteridad, como distinto e igual.

Desde la psicología social Zufiaurre (2004) continúa con los lineamientos propuestos anteriormente y sostiene que las lógicas de mercado instauradas generan diagramas de *superfluidad* con efectos en la subjetividad. Suma la dimensión de la *imagen*, como una variable más al servicio de un estado que deviene técnico - administrativo en la era tecnopolítica, con un gobierno que será electrónico asentado en la economía de la información. “Se instituirá el gobierno hegemónico de la *imagen* que produce, modula y al igual que el Estado *ya no representa*” (Zufiaurre, 2004, p.144). Toma forma el *Estado virtual* que gestiona y administra recursos sustentado en la imagen, ésta para la autora, más que ser vehículo que transmite valores, es un valor en sí misma, y su rítmica impregna las subjetividades modulando la vida social con sus diagramas de tiempo y velocidad. Retoma las ideas de Marc Augé (1997) y sostiene que la imagen no es la vida privada, ni la vida pública, sino la existencia misma. Define *virtual*, del latín *virtus* (poder, facultad, fuerza o virtud) adjetivo que hace referencia a aquello que tiene la virtud de provocar un efecto. Considera que los sujetos actuales, enfrentados a los efectos de la dualidad virtual/real, están en la posición de mirar para mirarse a sí mismos a través de las representaciones que ofrecen los dispositivos tecnológicos.

“Al parecer en estos **neoregímenes ontológicos** el mundo y la vida pasan por la pantalla [...] existen dando materialidad a lo que Barran y otros autores han llamado movimientos de **publicación** de lo privado y **privatización** de lo público” (Zufiaurre, 2004, p. 145).

En este sentido para Lewkowicz (2001):

El capital y la tecnología ya no transcurren separados, esta tecnología virtual de dispersión global es el capital [...] el dispositivo de control es este modo material de existencia, el capital que es la tecnología [...] marcaría la dominación entre los modos de dominación tipo estatal, y los modos de dominación tipo mercantil. (Lewkowicz, 2001, p. 11).

Estas consideraciones habilitan a reflexionar sobre algunas condiciones contemporáneas en que la experiencia subjetiva acontece. Las que arrojan al sujeto a la perplejidad de no reconocer en los fragmentos los supuestos que le permitían sostenerse; esto lo puede vivenciar al sentirse destituido y sin referencias claras de cómo alojarse en un lazo social que ya no liga ni afirma, sino que fluye. Algo se verá

reflejado en el modo virtual de vincularse, de ocupar el espacio y el tiempo capturados por dispositivos electrónicos. Los que parecen imponerse al sujeto, así lo colonizan, tiranizan e inducen a la permanencia casi constante frente a ellos. Efectos virtuales en lo público, lo privado y lo íntimo que se reconfiguran en exposición permanente.

Lazos vitales

Consideraremos en este tramo otros esquemas de pensamiento que nos permiten introducir una de las herramientas conceptuales propuestas en este trabajo. El campo específico del psicoanálisis donde existen diversas posturas sustentadas en su rico corpus teórico. Nos enfocaremos en las que destacan el concepto de *intersubjetividad*, perspectiva que aporta a la construcción tanto psíquica, como identitaria y ciudadana.

En los ensayos sobre reconocimiento Benjamin (1997), desde el psicoanálisis, realiza lo *intersubjetivo*. Para la autora esta perspectiva no se contrapone, ni excluye con la importancia teórica del conflicto intrapsíquico. Este deslizamiento conceptual rehúye pensar en oposiciones binarias, lo que permite ampliar y complementar la perspectiva otorgada desde el psicoanálisis. (Benjamin, 1997) “Así, la necesidad de reconocimiento aparece como recurso teórico que potencia lo intersubjetivo con lo intrapsíquico y señala el camino hacia la autoafirmación. Al proponer la intersubjetividad y lo intrapsíquico como par antitético que se contradicen y se incluyen mutuamente” (Benjamin, 1997, p. 18).

Honneth (1997) reconoce en sus ensayos la intención de interpretar, utilizando instrumentos psicoanalíticos, la relación amorosa primaria como un proceso de reconocimiento recíproco.

En este sentido las conceptualizaciones del psicoanalista Guerra (2014) ubican la noción de *intersubjetividad* en el plano de la policausalidad; la reconoce como un factor constitucional más en el desarrollo primario del niño. Sus efectos marcarán la subjetivación a la que define como “El proceso por el cual el bebé puede ir co-construyendo ‘su’ perspectiva, una manera singular de vivenciar las experiencias y de expresarlas de diferentes maneras a través de recursos corporales y simbólicos” (Guerra, 2014, p. 175). De esta manera pone énfasis en la condición procesual de co-construcción como sujeto autónomo. La subjetividad así entendida surge de un diálogo que postula en este tiempo como corporal, siendo este el anclaje para la expresión de los procesos anímicos, que tendrán cabida en una *neo* lengua contenida en él.

(Guerra, 2014). Así da base y valor al concepto de intersubjetividad fundado en una comunicación co-creada que da sustento al intercambio de estados emocionales y experiencias compartidas. Citando a Trevarthen y a Aitken (2003), reconoce en la intersubjetividad una potencialidad inicial y primaria como condición de encuentro humano, que habilita desde el inicio de la vida a interactuar con el otro y tomar conciencia de la incipiente separación (Guerra, 2014, p. 170).

Estos aspectos también son considerados por Honneth (1997) cuando afirma que la primera forma del reconocimiento recíproco, la del amor, está ligada “A la existencia corporal del otro concreto y los sentimientos de uno al otro” (Honneth, 1997, p. 118)

La concepción de intersubjetividad de Honneth (1997) es un eje central en su teoría del reconocimiento, le permite articular la dimensión normativa con la psicológica. La postula en la “La lucha por el Reconocimiento”. La perspectiva psicoanalítica lo habilita a ahondar en el *ámbito psíquico* donde el sujeto se co-construye intersubjetivamente y se experimenta en el interjuego social. Es en su teoría, en la primera de las tres esferas del reconocimiento, la del amor, en la que encontrará la importancia de las relaciones vinculares intersubjetivas expresada por Hegel, en los escritos tempranos de Jena, como bien destaca Honneth (1997). Recurrirá a Mead (1934) para elaborar una concepción social empírica que le enriquezca y amplíe lo que la abstracción hegeliana no le permite para elaborar sus postulados, que Honneth (1997) se propone fundamentar intersubjetivamente.

El reconocimiento para Honneth (1997) es una experiencia que acontece en actos concretos de la vida cotidiana de los sujetos; sus vicisitudes en tanto seres sociales podrán afectar el modo en que se perciben, se comprenden y se valoran a sí mismos. Posiblemente también afectarán su capacidad de reconocer a otros ante la ausencia de dicha experiencia fundante como es la de ser reconocidos intersubjetivamente.

Como proponen Honneth (1997) y Ricoeur (2006), las relaciones intersubjetivas son puntos nodales en las posibilidades del logro de pertenencia y del reconocimiento. La tensión que se establece entre estas dimensiones es generadora de distintos grados de autonomía, que consideran un pilar de la identidad individual. Pero también puede ser generadora de vulnerabilidad y desamparo. Ricoeur (2006) reconoce que en los vínculos libidinales de las experiencias primarias, dicha tensión ya está presente y se expresa entre la fusión emocional y la capacidad de permanecer solo. El modo en que esa tensión fluctúa dejará huellas que acompañan al sujeto en el transcurso de su vida

y probablemente se resignifiquen en las formas del amor adulto. Para Ricoeur (2006) sobrellevar la alternancia unión/separación en los vínculos ofrece a los sujetos que los integran la posibilidad de desarrollar la capacidad de encontrarse y sostenerse aún en soledad. Esta capacidad será potenciada por la íntima confianza que el vínculo inspira, en la certeza de su permanencia aún en ausencia de sus miembros (Ricoeur, 2006). Para el autor la posibilidad de mantenerse unidos por la mutua confianza, aun estando distanciados, también “Aparece confirmado por los mediadores, principalmente de lenguaje y cultura, que recuerdan los ‘objetos transicionales’ de la infancia cuya teoría es obra de D.W. Winnicott” (Ricoeur, 2006, p. 241).

Las vivencias de desamparo estructural en que muchas experiencias tempranas se desarrollan pueden ser pensadas como faltas de reconocimiento cronificadas, como polarizaciones potenciadoras de vulnerabilidad. Los postulados de Honneth (1997), como veremos, permiten visualizar lo que este sufrimiento implica en relación al desarrollo autónomo del sujeto, al privarlo del reconocimiento intersubjetivo. Se podría apreciar en la manifestación de ciertas conductas el impacto de esta falta, o marcas en la estructuración psíquica como posibles efectos de experiencias no siempre metabolizables psíquicamente por los sujetos que las viven. Nos referimos a aspectos constatables en amplios sectores considerados en situación de vulnerabilidad social. Esta preocupación se ve reflejada en los autores citados en el presente trabajo. Viñar (2008) entiende que corresponde al psicoanálisis descifrar sus impactos, “Los efectos, las consecuencias psíquicas de la condición de excluido” (Viñar, 2008, p. 182), y considerar cómo la vulnerabilidad emocional, económica o social en las condiciones actuales de existencia predispone posiblemente a un déficit en las posibilidades simbólicas y elaborativas.

En este sentido, el psicoanálisis como teoría y práctica podría contribuir a nombrar ese malestar producto de experiencias de privación de reconocimiento. En experiencias tempranas o endémicas, logrando en su visibilización sus condiciones de existencia. Así lo concibe el psicoanalista Berenstein (2000) en relación a la violencia transubjetiva originada en lo sociocultural; la concibe atravesando los vínculos intersubjetivos y al propio sujeto. Señala que generalmente es definida como violencia social solo en relación a la crónica policial y mediática. Pero lo que no se nombra, son las formas de violencia “Dadas por el despojo de la subjetividad de los otros por abuso económico, religioso o pérdida de la fuente de trabajo. Es importante diferenciar los espacios y no confundirlos al atribuir a un área lo correspondiente a otra” (Berenstein,

2000, p. 260). Confundiría al paciente interpretar como violencia intrasubjetiva el efecto sobre el psiquismo de una violencia social (Berenstein, 2000).

Nombrar las experiencias de la falta de reconocimiento como lo que es e intentar no dejar sus efectos subsumidos en cuadros psicopatológicos que lo volverían intangible, es comprender el negativo del proceso del reconocimiento y la posición adoptada por el sujeto frente a él. Es en ese sentido que el psicoanálisis puede contribuir, como una herramienta más, en la aspiración de autorrelación no distorsionada que propone Honneth. Claro está que por sí solo no podrá, deberá estar acompañada de otras prácticas entre los hombres, que contengan la tensión necesaria para motivar acciones con aspiraciones socialmente transformadoras.

El reconocimiento nudo del lazo social?

“Debemos reivindicar que los individuos —incluyendo los individuos autónomos— son mucho más vulnerables y necesitados que lo que el modelo liberal los ha presentado” (Fascioli, 2008, p. 24).

Honneth concibe la categoría del reconocimiento como herramienta conceptual (Fascioli, 2008) para desplegar las consideraciones necesarias que permitan dilucidar qué entender por justicia social o qué determina la injusticia social. Para el autor los parámetros de justicia estarán en relación a la consagración de las pre-condiciones en las oportunidades de autorrealización de los sujetos en su identidad personal. Concibe la injusticia social alojada en experiencias concretas en la vida social y dará cuenta de ellas por despertar sentimientos morales de malestar en los individuos o en los grupos, ante la falta de reconocimiento. Sobre estas consideraciones construye el eje normativo de su concepción de justicia (Fascioli, 2008).

En un deslizamiento axiológico, nos aleja de un escenario donde la injusticia se define exclusivamente en términos de una lucha entre la accesibilidad a bienes materiales o la distribución de la riqueza, y nos sitúa en una dimensión moral del conflicto social, lo que constituye un rasgo esencial en su concepción Honneth (1997). Este posicionamiento desafía los modelos liberales de autonomía individual (Fascioli, 2008) Según Montañez Fierro (2014) los modelos sustentados en políticas liberales robustecen, en los sujetos y en las comunidades, comportamientos y actitudes individualistas.

Estas concepciones dimensionan al sujeto como solitario y autosuficiente. Las mismas toman fundamento en la *lucha por la supervivencia*, construcción teórica concebida por Hobbes (1651) quien retoma a Maquiavelo (1532) para dar forma a su hipótesis. En sus concepciones, éste último introduce la figura del ente egocéntrico que define la naturaleza humana como autómatas. Condición que habilitaría al individuo a asegurarse solo por sí mismo su bienestar, y coloca al semejante en una posición de amenaza y desconfianza, precipitando la acentuación de su propio poder (naturaleza singular del hombre). Esta hipotética situación lleva a Hobbes (1651) a desarrollar la doctrina del estado de naturaleza la cual define la autonomía individual como un logro monológico. Las relaciones sociales estarán encuadradas en una guerra de todos contra todos, así la necesidad de un pacto que regule dicha guerra dará lugar a la legitimación de un contrato: el Estado (Honneth, 1997).

La teoría de la soberanía del Estado, base de la teoría política liberal moderna, pondrá el epicentro de la justicia, en los flancos donde la autonomía así concebida es vulnerable (Honneth, 1997). Ante la presencia soberana del Estado y frente a su naturaleza necesaria, determinada por la incapacidad de los hombres para resolver su convivencia en otros términos, se instaura la subordinación de todos a ese poder. Esta adhesión es lograda por el cálculo instrumental de los intereses individuales, de ahí la posibilidad de hablar de la vida social en términos de *lucha por la autoconservación*. La primacía de lo político está por sobre lo ético. Lo que seguirá ausente es la presencia de una dimensión de alteridad en los conceptos planteados, dicha falta consagra la idea de necesidad de un *pacto* (Ricoeur, 2006).

El modelo teórico de *la lucha por el reconocimiento* hegeliano se presenta como un modo de superar la formulación de la *lucha por la supervivencia* (Fascioli, 2008). En su desarrollo teórico, Hegel plantea una lectura diferente de ésta, e intenta elevar la contienda a un plano moral desde estados menos desarrollados de Eticidad a grados más logrados (Honneth, 1997). Un proceso de reconciliación y conflictos, que permite ir accediendo a la idea del carácter moral de la lucha social. Honneth (1997), imbuido en el espíritu hegeliano, acopla sus argumentos especulativos a los desarrollos empíricos de Mead (Ricoeur, 2006). Lo que distingue a Honneth (1997) de estos autores, es la posibilidad de demostrar empíricamente la correspondencia entre las formas de reconocimiento y las de menosprecio.

El enfoque otorgado por Honneth (1997) desde una reflexión crítica apunta a la lucha moral llevada adelante por los hombres, que será por el reconocimiento recíproco de su autorrealización personal y será centro de un desarrollo teórico que funda una teoría normativa y sustancial de la sociedad. Esta contienda busca dar cuenta de dos aspectos: por un lado el proceso conflictivo de tensión moral alojado en la vida social, donde podrá ser fuente motivacional de demandas, y por otro, a la persona, donde será constitutiva de autonomía relacional.

Postula así Honneth (1997) desde una perspectiva intersubjetiva la autonomía personal. El logro de ésta dependerá de que le otorguen en su desarrollo posibilidades en el amor, en el respeto y en la estima. (Honneth, 1997). Las tres esferas de reconocimiento intersubjetivo, tal como hemos mencionado, las retoma de la teoría de los estadios de reconocimiento social en el proceso de formación del Sistema de Eticidad de Hegel. Para el autor la conformación práctica de la identidad presupone vivenciar experiencias en el seno de la vida social bajo la forma de prácticas concretas que confirmen al sujeto en su autoconfianza, su autorrespeto y su autoestima. Aquí estaría codificado lo planteado por Honneth (1997) en relación a su teoría sustancial y normativa.

El primer modelo de reconocimiento bajo la forma del *amor*, se situará en la esfera de las relaciones primarias donde ser cuidado amorosamente en la dedicación emocional brindada, permite a los sujetos la experiencia íntima de sentirse y reconocerse como *entes necesitados*. El ambiente deberá generar las condiciones necesarias como para desplegar *autoconfianza* (Honneth, 1997). La dimensión del amor cobrará cuerpo en esta esfera y será precondition psicológica requerida en el desarrollo de la autonomía personal. A esta forma de reciprocidad se le otorga un *grado prejurídico* (Ricoeur, 2006), no obstante dará base al reconocimiento en la comunidad, aunque será insuficiente para lograr la valoración social necesaria para una autonomía lograda. Honneth (1997) apunta a que no son recursos que puedan ser distribuidos; esta condición problematiza el objeto de la justicia social ya que estamos hablando de un registro que no puede garantizarse, ni experimentarse en la esfera jurídica.

El segundo modelo se asienta en la esfera social–civil donde la dimensión jurídica permite al sujeto verse libre e igual, al ser considerado por cualidades que comparte con otros. Esto preconfigura las condiciones intersubjetivas para que el sujeto se confirme a sí mismo, como agente moral. El objetivo del reconocimiento en esta esfera

es dual, uno será el de la validez universal de la norma y el otro será el de la singularidad libre e igual de las personas (Ricoeur, 2006). Lo jurídicamente instituido como reconocimiento del respeto y la dignidad universal horizontaliza los vínculos sociales; así el *autorrespeto* se inscribe como condición de nuestra autonomía. Hegel indica que no es suficiente este nivel pensando en un horizonte ético. Para aproximarnos a este, es necesario llegar al estadio de la adhesión solidaria (Honneth, 1997). El movimiento del reconocimiento conlleva, ante cada conquista institucional, una amenaza negativa específica la que se visibiliza ante la falta de este (Ricoeur, 2006).

El tercer estadio es la esfera de la valoración social, fundada en valores solidarios comunitariamente compartidos; nos acerca a la noción de *autoestima*. Honneth (1997), coherente con su propuesta sustentada empíricamente, habla de una cualidad en la relación de los otros hacia el sujeto que lo habilita a sentirse valioso en su singularidad. Relación que podría decirse de inclusión, pero que a la vez lo habilita a distinguirse y ser reconocido en sus competencias de agencia, las que Hegel define como *relaciones prácticas del yo* (Honneth, 1997). La valoración es merecida, por su identidad particular o por la forma de su autorrealización, factores que contribuyen a determinadas metas que la sociedad considera como valiosas. El horizonte ético común en valores y objetivos que postula Honneth (1997) implica el concepto hegeliano de Eticidad (Fascioli, 2008).

Los tres estadios precisan las circunstancias donde se gestará la integridad personal de los sujetos en cada esfera y buscan situar sobre qué principios de justicia, sobre qué estructura y disposición deberían descansar las condiciones sociales del reconocimiento mutuo para ser garantes de autonomía personal. Esta autonomía se desplegará en tanto el sujeto sea capaz de entablar consigo mismo ciertas actitudes, que para Honneth (1997) se constituyen en relación *con* otro. De ser lograda podrá entablarse una autorrelación no distorsionada. Así el autor postula su tesis: *ser reconocido es empíricamente necesario para ser autónomo* (Honneth, 1997).

En este sentido se podría hablar de una concepción intersubjetivista de la autonomía personal (Fascioli, 2008). En el entendido de que las actitudes de otros son las llaves maestras que habilitan la expansión de nuestra autoconfianza, nuestro autorrespeto y nuestra autoestima. Como ya señalamos, las precondiciones psicológicas, pretendidas como garantes de autonomía individual no son recursos que puedan ser distribuidos,

deben ser garantizados (Honneth, 1997). Esto conlleva a reconsiderar el objeto de la justicia social e implica abandonar postulados liberales, centrados en posicionamientos que postulan la autonomía como un logro individual. Ante esto, Honneth (1997) propone la solidaridad como garante.

Cabe destacar que la correlación entre reconocimiento, autonomía y libertad emerge bajo distintas expresiones en el devenir histórico de la humanidad (Ricoeur, 2006). Estas dimensiones se configuran de modo no lineal, flexible, se incluyen o excluyen constantemente ante conquistas y pérdidas. Así cumplirán o no con los alcances, significados y formas a los que se aspire en cada momento socio histórico.

El primer lazo

La teoría de la autonomía cifrada en el reconocimiento mutuo coloca como el primer estadio al amor en primer plano y permite determinar la importancia del vínculo afectivo en sí mismo, en la determinación de todas las individualidades participantes. Concibe la autonomía desde el origen como una permanente construcción, no siempre lograda, ni finalizada en el transcurso de vida del sujeto.

En esta esfera Honneth (1997) sitúa al sujeto en los albores del proceso de socialización, donde el niño aprende a concebirse como sujeto autónomo en una relación de interdependencia emocional con otros. Toma las premisas de intersubjetividad de Mead como complemento de la especulación hegeliana correspondiente a esta esfera de reconocimiento (Ricoeur, 2006). Parte de los diversos estudios sobre el desarrollo psíquico temprano, ofrecidos por la teoría psicoanalítica objetual de orientación inglesa, sobre todo por Winnicott. Tratará de ampliar el modelo *intrapsíquico* derivado de una concepción freudiana ortodoxa, que expone el desarrollo psíquico como una relación conflictual entre las pulsiones inconscientes y el yo en formación.

Los desarrollos teórico-técnicos de Winnicott, constituyen en este sentido *un invisible corte epistemológico*, un acontecimiento en la significación (Roitman, 2013). Su experiencia pediátrica y psicoanalítica da una visión diferente de las primeras relaciones de objeto, desmarcadas de una especie de solipsismo conceptual. Para Anfusso (2009) desde la perspectiva winnicottiana puede pensarse al *infans* no solo centrado en su satisfacción pulsional, sino como buscador de relaciones significativas. Señala que el mal llamado objeto es un otro esencial que puede proveer experiencias

constitutivas de la estructura psíquica incipiente y que oficia como parte de nuestra identidad primaria (Anfusso, 2009).

El desplazamiento de la atención analítica se efectúa desde lo intrapsíquico a los lazos afectivos recíprocos. Winnicott construye las nociones de *holding* y *handling* que remiten al surgimiento del psiquismo en el *entre* del vínculo, para desde allí postular su teoría del espacio con la noción de *área intermedia*, como potencial y transicional (Burgueño et al., 2000). El concepto de *transicionalidad*, inaugura para el psicoanálisis un tiempo que justifica la idea de *corte epistemológico* (Roitman, 2013).

Desplegar la teorización winnicottiana permitirá articular en este trabajo algunas concepciones en relación al colapso del espacio transicional como lo denominan algunos autores. Constatable en algunas manifestaciones clínicas y vinculadas a determinadas condiciones, atribuibles a fallas en el medio ambiente facilitador. Las situaciones patológicas podrán ser consideradas unilateralizaciones en el continuum entre la dependencia simbiótica y el desprendimiento generador de autonomía. Situaciones malogradas de reconocimiento recíproco que no otorga a los sujetos la suficiente seguridad emocional para desplegar autoconfianza en experiencias intersubjetivas posteriores (Honneth, 1997).

En el vínculo afectivo primario la situación de partida es siempre recíproca, se vivencian y desarrollan capacidades que afectan mutuamente. La intersubjetividad primaria es entendida como unidad relacional, originaria y recíprocamente vivida. Winnicott caracteriza fases en el proceso de maduración centradas en la articulación de interacciones dadas en la relación. Las condiciones óptimas de socialización estarán dadas por la capacidad de lograr una relación de equilibrio entre la simbiosis y la autoafirmación. Denomina comunidad simbiótica a la dependencia absoluta, que es experimentada como unidad indiferenciada y el proceso de la relación se orienta a constituir subjetividades separadas y reconocidas, entre sujetos intelectual y afectivamente autónomos. El logro dependerá de ser aceptado autónomicamente en un grado de interdependencia (Honneth, 1997). La presencia de un *otro auxiliado* en la emergencia del psiquismo y en el desarrollo emocional temprano, conjugados en la realidad externa, será determinante, se introduce la noción de *medio ambiente facilitador*. La autonomía ganada es la sana consecuencia esperable del desarrollo cognitivo-afectivo que podrá habilitar a la *dependencia relativa* definida como un *ser sí mismo en otro*. Para Honneth (1997) es el patrón elemental de todas las formas de

amor maduras. Será el tipo de reconocimiento básico a partir del cual se van a ir desarrollando los dos restantes, el derecho y la solidaridad. Por ser el ámbito primario en las relaciones sociales imprimirá una influencia decisiva a los otros procesos de interacción que tienen otras exigencias y aspiraciones de reconocimiento (Honneth, 1997).

Winnicott proporciona dos mecanismos psíquicos elaborativos que operan conjuntamente: destrucción y fenómenos de transición. Los actos *destrutivos* del niño sobre la madre rompen la ilusoria simbiosis donde ejercía toda su omnipotencia narcisista. La tenue autonomía de saberse separado y dependiente solo será posible si la madre sobrelleva comprensivamente los ataques del hijo (Honneth, 1997).

El otro mecanismo que Winnicott refiere es el concepto de *lo transicional*, que implica la noción de *espacio potencial*, así como *la de objeto y fenómenos transicionales* (Burgueño et al., 2000). La transicionalidad es precondition para la constitución del aparato psíquico, se apuntala en la psique materna y su dimensión es creadora. (Roitman, 2013). El pasaje de dependencia absoluta a relativa, será el momento de su aparición. No es un objeto intrapsíquico, ni pertenece al mundo exterior sostenido en ambos, es la inicial posesión no yo. Lo intermedio entre la vivencia de fusión y la experiencia de la separación. “Es una *zona neutral de experiencia* que no será atacada, y que sirve de alivio a la eterna tensión que provoca la tarea de aceptación de la realidad” (Burgueño et al., 2000, p.18). El éxito en dicho pasaje se debe a la posibilidad de *ser sostenido por un otro*, al dar continuidad en el ambiente emocional. La capacidad de ser solo y estar comunicativamente protegido y sin angustia, depende de la confianza desplegada por la dedicación materna que se actualizará en cada relación del sujeto si logra la autonomía necesaria. Si la logra será la expresión práctica de una forma de autorreferencia (autoconfianza) (Honneth, 1997).

El lazo que no enlaza

Siguiendo sus postulados Honneth (1997) engloba las formas de falta de reconocimiento en las experiencias del menosprecio (violación, desposesión y deshonor). Estas dan base a su idea de la injusticia social. Son experiencias humanas percibidas y relatadas por los sujetos, como injusticia en perjuicio de su libertad y potencial daño en el “Entendimiento positivo de sí mismos”. (Honneth, 1997, p. 60). El filósofo entiende que la integridad y la intangibilidad humana devienen de la

delimitación entre individuación y reconocimiento. (Honneth, 1997). El dominio negativo que constituyen adquiere diferentes magnitudes, determinadas por el grado en que pueden perturbar la autorreferencia práctica del sujeto. (Honneth, 1997). Las formas extremas de la violación o la tortura serán las que afectan la integridad corporal al retirarse la libre disposición del cuerpo, representan el modo más neto de humillación personal. A partir de estas el autor desplegará el gradiente de formas que constituirá el dominio negativo del fenómeno. Concibe de este modo la posibilidad de discriminar en grados las formas de denegación del reconocimiento como hizo con los grados de autonomía que permitían las distintas formas del reconocimiento.

Partiendo del malestar que estas experiencias despiertan, Honneth (1997) considera que los hombres pueden encauzar e instituir acciones, formas de resistencia y luchas por su reconocimiento. Apunta a la necesidad de poder desplegar la *capacidad reflexiva*, una posición crítica sustentada en sujetos activos y participativos. En el intento de comprender y dar sustento empírico a sus postulados, se plantea cómo es que se arraigan estas experiencias en el plano afectivo. Cómo llegan a aspirar y promover un conflicto social que permita alcanzar formas más desarrolladas de reconocimiento. Analiza las concepciones de Mead y Hegel y se pregunta acerca de lo que ellos no habían desarrollado. Señala que en las teorizaciones de estos autores les “Faltaba el eslabón psíquico intermedio que conduce del sufrimiento a la acción, porque a la persona concernida la informa cognitivamente acerca de su situación social” (Honneth, 1997, p. 165). Concibe la noción de *eslabón psíquico intermedio* para dar cuenta de la manera en que se coordinan los síntomas psíquicos en un individuo o colectivo y le informan de que manera injusta se le priva del reconocimiento en perjuicio de la libertad personal. Surge del dolor de una lesión que lo invalida en el entendimiento positivo de sí mismo, al carecer de la reacción reconociente del semejante que lo confirme como tal (Honneth, 1997).

A la luz de estos planteos, Ricoeur (2006) enfatiza:

La humillación, sentida como la retirada o el rechazo de esta aprobación, alcanza a cada uno en el plano prejurídico de su “estar-con” otro. El individuo se siente como mirado desde arriba, por encima del hombro, incluso tenido por nada. Privado de aprobación, es como no existente (Ricoeur, 2006, p. 243).

El daño provocado por este menosprecio en las relaciones cotidianas y básicas de la vida del sujeto corroe las formas de autorreferencia práctica, la confianza que el sujeto

tiene en sí mismo que fue aprendida en el amor, co-creadas y sustentadas en un equilibrio intersubjetivo (Ricoeur, 2006). Los sentimientos negativos que despiertan dichas acciones son *resortes significativos* donde la *indignación* es un puente o *estructura de transición*, que impulsado por el malestar que despierta el desprecio, puede llevar al deseo de actuar conjuntamente en una lucha. El autor define que su condición de logro será la corresponsabilidad (Ricoeur, 2006). Pero aún bajo el peso de la indignación, el sujeto puede paralizarse y no actuar, no pensar. O actuar sin pensar.

Los aportes del sociólogo De Gaulejac (2008) contrariamente invitan a pensar. La mirada del *otro* puede invalidar o estigmatizar y para el autor constituye una forma de violencia simbólica. Amalgamada a esta mirada de un *otro*, existe la vergüenza de quién la padece. Este dolor representa una forma de violencia humillante. De Gaulejac (2008) encuentra en esta vergüenza un sentimiento doloroso que nos envuelve desde dentro inhibiendo la acción, enrollando la totalidad de nuestros registros, traspasándonos. Es un nudo socio psíquico, medular en la vida de quienes la sienten.

Los postulados de estos autores buscan dar cuenta de experiencias que despiertan sentimientos complejos que inundan a las personas, pudiendo inhibirlas o producir un modo específico de malestar que de no ser elaborado o conducido a una causa posiblemente se traduzca en algún tipo de conducta o permanezca como malestar. Para Ricoeur (2006) dichas experiencias toman la forma de opresión, alienación o exclusión. Situadas en contextos relacionales, donde la mirada de un *otro* es ausencia, será determinante para la autonomía del sujeto. De Gaulejac (2008) encuentra que esta experiencia práctica de descrédito social, de estigmatización conforma un mecanismo de reforzamiento de dominación social como violencia simbólica. Es posible así reconocerla como reforzadora de prácticas de exclusión que despiertan sentimientos morales de injusticia, unidos a fenómenos de violencia.

En tanto para Honneth (1997) estas experiencias son potencialmente el motor motivacional de la lucha por el reconocimiento.

Reclamar reconocimiento luchando por ello en un acto de liberación, es un derecho humano esencial, sea el sujeto personal o colectivo. La norma que empieza a regir ese proceso es *respeto*, más allá de las autonomías relativas que dominan en la forma del amor y de la solidaridad. (Sauerwald, 2005, p. 1).

Para Ricoeur (2006) la dimensión del orgullo que se accede a través de la conquista de esta dignidad humana es de rango superlativo.

Montañez Fierro (2013) incursiona en la articulación entre lo social y lo individual para preguntarse si se puede encontrar en el reconocimiento una forma de anudamiento vital, para discriminar si su ubicación conforma un factor central en la diversidad cultural, como también en la experiencia de los movimientos sociales del actual contexto sociocultural. Y destaca en el hilo conductor de su tesis un punto que por lo planteado anteriormente consideramos cardinal. En referencia a Taylor, dice:

En los tiempos pre-modernos las personas no carecían de identidad y reconocimiento, pero era dependiente del lugar social asignado por lo que este no era problematizado [...] lo que ha advenido novedoso en la era moderna no es la necesidad de reconocimiento sino las condiciones en que este puede fracasar, en la medida en que no está garantizado; el rechazo del mismo, el menosprecio, la humillación, pueden causar perjuicios a quienes lo sufren (Montañez, 2013, p. 2).

La autora da por tierra la aspiración hegeliana de un proceso gradual contenido en una ficción de totalidad (proceso totalizante, completo y completado). A la aspiración de colocar el reconocimiento como *nudo vital* conformador de identidad y articulador de lo individual y lo social, la sitúa en el escenario histórico-sociocultural actual donde los acontecimientos revelan la contingencia. Así la experiencia de los movimientos sociales transcurre en un *régimen de contingencia continua* (Montañez Fierro, 2013). Es un proceso donde las diferencias no se absorben hasta posibilitar el reconocimiento, sino que lo que se produce “Es la emergencia de la desavenencia, de lazos sociales en tensión y en conflicto, en los que amplios sectores sociales ‘invisibles’ reclaman la visibilidad de su hacer histórico” (Montañez Fierro, 2013, p. 4). Así se permite analizar la temática del reconocimiento, dando cuenta de que este acontece y se reformula sostenido en un equilibrio fluctuante y abierto a los efectos recíprocos que generan las actividades de los sujetos conjuntamente con el escenario social. Postula que “El reconocimiento se lauda paso a paso. El reconocimiento es un efecto del propio movimiento de acciones recíprocas en su devenir, es un efecto multívoco entre particulares que va generando negociaciones, transacciones, hay puja y cotejo y habrá diferentes laudos” (Montañez Fierro 2013, p. 4).

En el escenario que se despliega en medio del fluir de las transformaciones histórico-socioculturales actuales, la extrañeza que despierta la alteridad compromete la

pretensión de alcanzar en el reconocimiento el *nudo vital* articulador de lo individual y lo social (Montañez Fierro, 2013). La autora considera que ni puede alcanzarse el reconocimiento plenamente, ni su problemática está agotada.

Lazos flojos

La pertenencia es una necesidad humana básica, tan constitutiva de la persona humana como su propio cuerpo” (Viñar, 2000).

La necesidad humana de pertenencia convoca a sostenerse en espacios donde cotidianamente se pone en juego la identidad y la subjetividad; a partir de los actos más pequeños e imperceptibles, el ser humano busca y necesita verse confirmado. Estos lugares podrán albergar actitudes y prácticas que confirmen al sujeto y le otorguen valor a alguna condición o cualidad que posee. La vulnerabilidad de los sujetos los vuelve sensibles a la apreciación y a la aprobación de ese entorno. El desarrollo de la autoconfianza, como apunta Honneth (1997), deviene de saberse querido, protegido y aceptado. Esos otros que lo rodean serán necesarios no solo en los tiempos del origen y el desamparo primario, sino también a lo largo de toda la vida. Tal vez, como propone el psicoanálisis, algo de ese desamparo originario nunca desaparece y de ahí la necesidad humana de pertenecer. La identidad y la autonomía no tienen garantizado su desarrollo, ni tampoco, de ser logradas, el permanecer intactas; necesitan de un entorno donde sentirse pertenecientes para confirmarse. El reconocimiento estará ligado a los avatares que los caminos de la intersubjetividad recorran en la vida íntima del sujeto, entrelazados al devenir de las circunstancias histórico-socioculturales en que le toque vivir.

En relación a esto, Montañez Fierro (2014) retoma una hipótesis de Ricoeur (2006) y señala: “El pedido de ser reconocido implica la necesidad del vínculo: siempre se dirige a otro. Es en el reconocimiento mutuo donde la identidad alcanza el punto culminante” (Montañez, 2014, p. 8).

Ricoeur (2006) hace foco en la trama familiar. La pertenencia aloja lo que él llama el fenómeno de *filiación*, un entramado determinado por la prohibición del incesto; los lugares así diagramados serán ocupados por las sucesivas generaciones. El lugar donde el sujeto se aloja será vivencia significada con la asignación en un lugar específico en la trama. Ricoeur (2006) plantea que antes de ser sujeto se es objeto de la transmisión, dinámica familiar instituyente que se resume en un nombre. Esta

nominación habilita al sujeto a *reconocerse en el linaje*, tal vez como la primera forma de reconocimiento. La experiencia de reconocerse reconocido filialmente le permite reconocerse perteneciente. “La transmisión es vivida como reconocimiento mutuo, parental y filial a la vez” (Ricoeur, 2006, p. 246).

Para Montañez Fierro la filiación tomada como “Generación de vínculos que favorecen la integración social” (2014, p.138), trasciende la esfera familiar ya que se ampliará a las organizaciones sociales. Este enriquecimiento conceptual otorga recursos a la hora de recomponer lazos de reconocimiento. Para dar cuenta del debilitamiento actual de la filiación, traza la relación que se establece en la precarización de la figura del hombre proveedor y trabajador, sobre todo en contextos críticos referidos a patrones de fuerte exclusión social. La autora prefiere utilizar el concepto de *desafiliación*, que denota distintas formas de pérdida de pertenencia y reconocimiento social. Lo considera un proceso y extrapola aspectos de ésta pérdida al empobrecimiento en sus vivencias vinculares las que daban sostén a sus lazos y a su sustrato identitario. (Montañez Fierro, 2014)

Como posible efecto de este proceso de desafiliación en la esfera familiar vinculada a situaciones de exclusión y vulnerabilización social se afectan los roles instituidos de padres e hijos, que pierden estatuto y tambalean.

Para Giorgi (2012):

Los padres aparecen 'adolescentizados' y desbordados, y no ofrecen un futuro deseable al que aspirar. Son familias 'destituidas', perplejas (Corea y Lewkowicz, 2004), que no posibilitan avizorar futuros. Padres en que los hijos no quieren reflejarse porque ven en ellos la marca de las promesas incumplidas, lo que alimenta el resentimiento, vivir en el presente, sin sentido del cuidado del otro y de sí mismo (Giorgi, 2012, p. 143).

Es comprensible así referirse a la vulnerabilización del sujeto y de las funciones que portaba. Como un contrato de pertenencia roto, el proceso de desafiliación corroe los pilares del reconocimiento desde la esfera de los vínculos más íntimos, al comprometer la mirada reconociente en el vínculo intersubjetivo. Sus efectos tal vez son más identificables en fenómenos como el de la exclusión social.

Lazos rotos

Como señala Viñar (2008) las nociones de exclusión e inclusión social son el producto de un proceso activo, creativo y dinámico de realidades humanas enclavadas en un tiempo y en un lugar en perpetua construcción. Cuando hablamos de lo actual nos referimos a este momento histórico y en estas latitudes, donde diferentes formas de pobreza y exclusión social han ido poblando nuestro horizonte, con fracturas que rompen los lazos primarios que solidarizan. Las vastas dimensiones actuales pueden ser explicadas por lógicas de mercado, pero esto no será suficiente. La exclusión empuja a los bordes como desterritorialización, pero también como reterritorialización. Son procesos fundantes de espacios simbólicos, culturales y urbanos, donde en las nuevas formas de vida parece primordial aislarse del otro, sobre todo si ese otro aumenta nuestra sensación de inseguridad. Como señala Giorgi et al. (2012):

Este proceso compromete fuertemente las posibilidades de construir capital social y ciudadanía, al estar signado por crecientes dosis de intolerancia y descompromiso con proyectos colectivos. [...] Las marcas que llevan aquellos que han nacido y se han socializado en situaciones de extrema pobreza permanecen y también la transmisión transgeneracional de estas marcas continúa operando como factor de segmentación social (Giorgi et al., 2012, p. 18).

Situados en complejos entramados que fracturan representaciones compartidas y arrojan al sujeto a un universo de destitución ciudadana, identitaria, o a extremos de desubjetivación, se comprometen seriamente los espacios de reflexión colectiva. Parece inaccesible, en estas tensas y complejas realidades, pensar en sujetos que devienen autónomos, solo cuando son reconocidos por otros. Reconocimiento como *acto moral* que allana el camino para llegar a conocer nuestra irremplazable identidad, que se contrapone y reconcilia con un otro como propone Honneth (1997). Considerar la exclusión social como una situación extrema de la falta de reconocimiento, afincada en acontecimientos cotidianos en el medio social, permite situar qué actitudes y qué prácticas impiden el fortalecimiento de la propia autocomprensión del sujeto, en el entendido de que la sustracción sistemática de derechos lleva al sujeto a la vivencia de no ser uno más en las responsabilidades sociales compartidas (Honneth, 1997).

En tal sentido, ante a una representación de sí mismo empobrecida se puede dejar de esperar reconocimiento. Para Bleichmar (2005):

La desocupación y la marginación de grandes sectores de la población produjeron modos de desubjetivación [...] Estos modos de des-subjetivación dejan el psiquismo inerme, en razón de que la relación entre ambas variables: organización psíquica y estabilidad de la subjetivación, están estrechamente relacionadas en función de que esta última es estabilizante de la primera” (Bleichmar, 2005, p. 85).

Para Viñar (2008) la mente del marginado está atrapada “En un mundo de pura necesidad que no da lugar a la ilusión y fantasía” (Viñar, 2008, p. 183). Condenado a la sobrevivencia cotidiana en desmedro de un espacio de proyectos.

La socióloga Araújo (2008) señala que el trabajo constituye un eje de intersección social donde cobra significación la propia existencia del sujeto. Su sentido otorga representaciones en las que significar su historia y constituye un lugar en el mundo, que otorga una cierta seguridad existencial.

A la luz de lo planteado anteriormente, la representación actual del mundo social es fragmentaria, una fractura que es des-sindicalización, es individualismo y es desvinculación. Es pérdida del colectivo generador de identidad social y refugio de pertenencia. Es la pérdida del valor del trabajo y del acto en el cual el sujeto se reconoce y se habilita a la inserción ciudadana. La aspiración al reconocimiento como autonomía lograda no se agota en la esfera laboral pero el impacto de esta forma de desafiliación marca fuertemente la autoestima del sujeto. “La incertidumbre y la vulnerabilidad a nivel laboral, afectivo, familiar, grupal, conforman un entramado que puede definirse como ‘la identidad en conflicto’ y este es quizás el concepto más representativo de nuestra historia reciente” (Araújo, 2008, p. 9).

Viñar (2000) da cuenta de cómo estas fracturas pueden marcar profundamente, instaurando disímiles formas de impacto en la estructuración psíquica. Cómo el desamparo en los orígenes de la constitución del sujeto es la falla del otro(s) auxiliador, en lo lábil o ausente de su reconocimiento y en la violencia que implica lo que marca. Posiblemente estas marcas hechas conducta reciban la inclusión en alguna categoría nosográfica. (Viñar, 2000).

En este sentido, Casas (1988) plantea la posibilidad de pensar el desamparo psíquico como la dificultad en un momento dado de disponer de la capacidad de simbolización (pensamiento, verbalización).

Un primer sentido es la disminución o bloqueo de simbolización, anonadamiento para el sujeto del inconsciente, en la paralización de la cadena significante. Desvalimiento

psíquico ¿Desamparo de la no disponibilidad simbólica? En ese instante de silencio psíquico, el acto sustituye el sentido que debería circular (Casas, 1988, p. 2).

En instantes de angustia el desamparo será mayor al no disponer del símbolo, el estallido en acto es expresión inequívoca de tal reclamo. Estas expresiones clínicas visibles al no estar sostenidas por la cadena significativa testimonian el borramiento de la palabra. *Amparo* implica para la psicoanalista todo lo que rodea del orden de la realidad efectiva que protege de las fuerzas exteriores, del posible daño, y al mismo tiempo compromiso libidinal del otro en esa función de cuidado y protección. Al *desamparo* lo piensa como desamor, desamparado como des-amado (Casas, 1988).

En la misma corriente conceptual, Bleichmar (2005) se dispone a la escucha de lo singular y resiste toda tentación de síntesis; postula que el ser humano a través de la historia, cambia, como también cambia la representación de sí mismo y de su realidad. Pero todos los sujetos, considerando cierto margen de variación, mantienen las mismas reglas de funcionamiento psíquico. Atravesados por la represión y un funcionamiento tópico diferenciado en sus distintos sistemas, permiten una regulación tendiente a evitar la destrucción. Cuando esta acontece, el riesgo de saltar hacia modos de fractura psíquica es mayor. Afirma Bleichmar (2005) que son las condiciones de existencia actuales las que ponen en riesgo de fractura psíquica al sujeto. Es así que entiende que la palabra *subjetividad*, aunque no es un concepto nuclear del psicoanálisis, esté tan presente en sus intercambios, por la preocupación que despierta a los clínicos y teóricos. Son ellos los que se encuentran confrontados de forma permanente a los efectos que producen las condiciones actuales de existencia en el psiquismo humano.

A partir de esta sistemática constatación, para la psicoanalista la necesidad de una postura ética es inexorable. El hecho de que los seres humanos son crías destinadas a humanizarse a través de la cultura configura un hito insoslayable en su constitución. La presencia del semejante está inscrita de modo inevitable en la configuración del sujeto, como condición de base. La autora retoma postulados del filósofo Levinas, para dar cuenta de que el contrato no acaba con la violencia del otro. “El contrato interhumano no fija mis derechos, sino que limita mis obligaciones infinitas respecto al semejante” (Bleichmar, 2005, p. 8). Asume para sí la postura del filósofo y ante la presencia del semejante la responsabilidad infinita de este. Busca dar fundamento a su posición ética donde abriga la esperanza de recomponer vínculos solidarios aún enmarcados en lo que denomina, *la corrupción y el facilismo*. (Bleichmar, 2005, p. 10).

Esta inquietud atraviesa la forma de ver al sufrimiento actual, donde se hace palpable la implicación de la estructura social, la subjetividad y el reconocimiento. La autora propone hablar de *malestar sobrante*, expresión que toma de Marcuse para dar cuenta de lo despojado que ha quedado el sujeto por efecto de lo que denomina *profunda mutación histórica*, despojado de un proyecto trascendente que habilite a vislumbrar modos de lidiar el malestar reinante. Asimismo nombra malestar *extra* al que surge de reconocer la imposibilidad de muchos de acceder a bienes de consumo, como también el dolor que sienten ante esto quienes aún se reconocen como sujetos éticamente comprometidos (Bleichmar, 2005).

Lazos virtuales: la encrucijada capitalista

Los aportes del psicoanalista Viñar (2000) nos introducen en parte de las problemáticas que se despliegan a partir de una vertiente del discurso capitalista actual que denominamos el de las tecnologías virtuales de comunicación e información. Su auge viene acompañando cambios macrosociales. Para varios autores como veremos, este contexto civilizatorio tiene un lugar privilegiado en la conformación de la subjetividad actual. Así desde la multiplicidad de lugares de pertenencia que las redes virtuales posibilitan, el desafío será pensar qué términos y condiciones intersubjetivas avalan el reconocimiento y los anclajes identitarios.

Se plantean “Nuevos y difíciles problemas identitarios a pensar desde una perspectiva ciudadana y democrática, también en nuestro espacio profesional” (Viñar, 2000, p. 4). El autor ya no piensa al sujeto en la estricta determinación inconsciente capturada en la situación analítica. Va más allá, a las fronteras donde lo humano se teje en contacto afectivo con otro, desde la narrativa compartida. Esboza la idea de que la subjetivación acontece en el intervalo diferencial, en dos tiempos: el de captura y el tiempo donde se conjuga un *efecto sujeto*. Dicho efecto habilita a pensar y hablar en primera persona. Aquí centra parte de su problematización al señalar que la cultura de la instantaneidad, como fruto vertiginoso del flujo de las imágenes instaura lo que llama *el sujeto de la imagen*, capaz de suspender el efecto sujeto. El colapso del intervalo colocará al sujeto ante la imposibilidad de apropiarse de la palabra y la narración. En las condiciones actuales mediático-tecnologizadas, estas parecen desplazadas del lugar de subjetivación que otrora ocuparan; así, el espacio psíquico parece amenazado por el vértigo del movimiento virtual permanente (Viñar, 2000).

Si la subjetividad es considerada como trabajo de interiorización y de apropiación subjetiva, es imposible soslayar la pregnancia de la relación imagen-pantalla en las transformaciones actuales que tienden a la consolidación de un cambio, como propone Viñar. Pero cómo se produce, qué cambios emergen en las subjetividades. Algunos autores marcan lineamientos disímiles sobre la “realidad virtual” con sus formas de captura de las representaciones en sus lógicas de producción.

Pensando en los efectos de la apropiación de estas tecnologías de lo lúdico, cabe considerar los planteos de la psicoanalista Casas (1999) en relación al juego infantil. Desarrolla la idea de la simbolización vinculada al juego como procesamiento de subjetivación, escenificando tiempo-espacio donde desplegar deseos y defensas inconscientes, tarea de imaginarización que implica a un otro. Cuerpo y símbolo se organizan con y desde un semejante. La asistencia de este con sus palabras nombra, abarca y contiene el gesto que, jugando, propicia el encuentro. “Donde toda comunicación es esfuerzo, trabajo placentero-displacentero de llegar al otro, de ser reconocido” (Casas, 1999, p. 84). Desde el nacimiento la vida se construye en un trabajo psíquico y el juego es pilar en dicha arquitectura. La autora recurre a la antropología para ilustrar la importancia del juego en el desarrollo de la civilización, y así privilegia el *homo ludens* sobre el *homo sapiens*. Entiende que el saber y el conocimiento solo dan cuenta de una parte de la verdad humana. Lo lúdico sería un nexo germinal, donde el entramado psíquico del sujeto se constituye en un *entre*.

Desde la sociología, Sartori (1997) considera un posible efecto de la virtualización de la función simbólica: el empobrecimiento en la capacidad de entender. Para el autor el lenguaje humano contiene palabras denominadas *concretas*, para denotar lo observable y para evocarlas en imágenes. El contenido significativo de la palabra es la connotación, lo que connota. Pero el entendimiento humano se sustenta en su capacidad abstractiva constituida mayoritariamente por palabras *abstractas*, que no necesariamente denotan. Resultan de elaboraciones en procesos mentales y no son traducibles en imágenes. Un intento de captura de ellas a través de una imagen será solo un empobrecimiento de su contenido. Así propuesto, todas las palabras connotan, pero no todas denotan (Sartori, 1997).

Para el autor:

Los conceptos de justicia, legitimidad, legalidad, libertad, igualdad, derecho (y derechos) son asimismo abstracciones 'no visibles' [...] Y toda nuestra capacidad de administrar la realidad política, social y económica en la que vivimos, y a la que se

somete la naturaleza del hombre, se fundamenta exclusivamente en un pensamiento conceptual que representa para el ojo desnudo entidades invisibles e inexistentes (Sartori, 1997, pp. 45-46).

Su hipótesis se centra en el incremento del *homo ludens* en detrimento del *homo sapiens*. La sitúa entre el ver y el entender. Una imagen sola en el puro y simple acto de ver no lleva a la comprensión de un concepto ni explica por sí misma la situación que presenta. La sobrestimulación de nuestros sentidos, con la proliferación virtual de imágenes, modifica nuestra capacidad de abstracción si no está inserta en ideas que la encuadren y signifiquen. Este marco lo presta el lenguaje conceptual (abstracto). El empobrecimiento actual sitúa al sujeto en una potenciación del lenguaje perceptivo (concreto) que se define como más pobre, no solo en cuanto al caudal de palabras sino también en su capacidad connotativa (Sartori, 1997).

Confrontando al autor, Balaguer (2003) señala que en las redes virtuales los textos son el lenguaje más frecuente. El hipertexto es una herramienta de la red, facilitadora en la gestión de conocimiento. Para el psicólogo estos aspectos son dejados de lado en los análisis que centran la “supuesta dicotomía palabra-imagen” (Balaguer, 2003, p. 82). Concibe la escritura *ciberespacial* despegada del ritmo lento de la escritura y más cerca del ritmo del pensamiento. El uso de la palabra no será hablado, sino escrito.

A la luz de lo expuesto es pertinente reconsiderar el sujeto de la imagen, capaz de suspender la apropiación de la palabra y la narración. Sus condiciones de emergencia estarán signadas por los impactos en la cultura de la interrelación del hombre con dispositivos de la era tecno virtual, como también por las capacidades abstractivas o simbolizantes de los usuarios. No se puede establecer una mirada reduccionista que simplifique negando recursos y posibilidades a las tecnologías actuales. Las condiciones singulares de apropiación de ésta tal vez sean, el elemento determinante a la hora de establecer las posibilidades de apropiación de la palabra, de la narración y del intercambio simbólico en la conformación identitaria y ciudadana. Desde esta consideración lo señalado por Sartori (1998) podrá impactar o no en la *realidad simbólica* que Bayce (1995) define como el registro principal del lenguaje. En él se articulan los juegos representacionales y la capacidad de transformación. Su expresión elemental es la escritura, que servirá de base a la transmisión del discurso de los grupos o colectivos. Su expresión máxima será en el sentido jurídico, formas reguladas en normas y leyes, en el nivel de lo instituido. Para el autor esta realidad simbólica también garantiza la emergencia de lo instituyente, el acaecimiento (Bayce,

1995). Será en este *registro simbólico* donde desde la capacidad reflexiva se alojarán parte de las contiendas referidas por Honneth (1997).

Si continuamos considerando algunos posibles efectos en la conformación subjetiva, en la llamada *era virtual*, los desarrollos de Guerra (2016) interrogan la interrelación entre el aumento significativo de determinadas presentaciones sintomáticas y las condiciones actuales de existencia. Considera los cuadros de hiperactividad en niños. Como también los trastornos del espectro autista, estos conforman patologías de la constitución psíquica que atañen a la precarización del contacto afectivo con el otro. Como psicoanalista centra su interés en la emergencia del deseo inconsciente y la contingente relación presencia-ausencia de un otro estructurante, pero también considera la perspectiva intersubjetivista. Situado en una cultura centrada en la imagen, constata niños que dedican una cantidad importante de su tiempo a quedar sujetos a una relación de imagen en pantalla, adheridos a una cobertura sensorial inmediatez del juego que es casi irrenunciable. El otro deja de ser *un otro* marcado por cierta alteridad. El autor proporciona las magnitudes posibles de la impactación subjetiva, señala el *privilegio de la sensorialidad versus la representación y la palabra*, en el lugar de la narrativa y la articulación simbólica del otro. Y un *privilegio excesivo de la acción y de la inmediatez de respuesta*. Buscando dar claridad a la problemática recurre al semiólogo Cuadra (2003) y propone hablar de *narrativas sensoriales*, que dan cuenta de un mundo en el que se privilegiará la imagen y la sensorialidad ante la verbalidad. Estas constituyen formas de comunicación que se establece por fuentes sensoriales con escasa articulación con la palabra; la experiencia mono o polisensorial cobra primacía por sobre la búsqueda de un sentido. La experiencia en ausencia de la interlocución con un otro cobra significación por la intensidad y el impacto excitatorio en sí mismo (Guerra 2009).

A la contingente relación presencia-ausencia de un otro estructurante en el plano de la articulación simbólica, se sumará la estimulación en imágenes que inundan el espacio intersubjetivo. El privilegio excesivo de la acción y de la inmediatez de respuesta, estimulado desde los juegos virtuales, se traspone a la relación de objeto. Este efecto es constatable en niños hiperactivos (Guerra 2009). Se instaura una relación diferente con el silencio (con su capacidad de evocación) y la palabra; su ritmo codificado en la alternancia entre fluir y replegarse varían. La capacidad de estar solo pierde sostén si la espera pierde investidura y es poco tolerada, y se torna así un poco peligrosa. En tal posición la presencia de otro se vuelve imperiosa (Guerra, 2016). Una relación

definida en tales términos pone en jaque la sana dependencia antes reseñada y es posible pensar en la precarización de la autonomía relacional.

Desde la sociología Haroche (2015) esboza lineamientos sobre el modo como la tecnología, la velocidad y la aceleración acompañan la aparición de un mundo líquido y globalizado. Para la autora, *real* y *virtual* se anudan y tienden a estar libres de limitaciones al estar dominados por el flujo de la continua información que requiere inmediatez. Los modos de sentir y percibir están siendo sometidos a una presión continua que causa la pérdida de puntos de referencia con límites tangibles, o al menos perceptibles en el espacio y en el tiempo. Esto incita al sujeto a formas ilimitadas de autorrepresentarse virtualmente, que se traducen en un estrechamiento de su interioridad. (Haroche, 2015).

Estas transformaciones en el modo de transcurrir la experiencia subjetiva podrán manifestarse potenciando determinadas patologías dominadas por un funcionamiento psíquico en déficit simbólico o elaborativo, que habilitan el acto y la descarga como respuesta frente a lo irrepresentable. Dichas descargas constituirán actuaciones que remiten a violencia, intentos de suicidio o consumo de sustancias (Hornstein, 2013). Un yo pobre y vacío que parece no poder sustentar un conflicto intrapsíquico, así frente a lo no tolerado se constituyen formas de expulsar el conflicto, es sacado fuera del psiquismo (Hornstein, 2013).

Retomando lo señalado anteriormente de la teoría winnicottiana, para la psicoanalista Roitman (2013) lo transicional se despliega para calmar angustias y sensaciones displacenteras, como también para dar vivencia de continuidad. De ser logrado este espacio acompaña al sujeto durante su existencia; la vivencia de disponer de este espacio virtual es refugio de privacidad y reservorio de recursos potenciales donde mantener la ilusión de la búsqueda de lo posible con una esperanza autovalorizadora (Roitman, 2013). Singer (2011) da cuenta del déficit del espacio transicional desde el polimorfismo de la clínica actual referido tanto a la depresión, como a los estados límites. Citando a Rassial (1999) señala: “El estado límite es ante todo una respuesta a esa incertidumbre de los puntos de referencia característica del lazo social contemporáneo” (Singer, 2011, p. 10). Estos cuadros suponen el sufrimiento que produce un estado de suspensión o déficit en la estructura psíquica y la constatable detención del aire transicional en su cualidad de espacio psíquico habitado, subjetivante. El desplome de la dimensión deseante y de palabras que apropien

condiciona la capacidad elaborativa de investiduras y el simbolizar generador de sentidos. (Singer, 2011).

Winnicott (1992), en su trabajo “El miedo al derrumbe”, analiza un tipo de angustia determinada por vivencias de desintegración, frente a circunstancias extremas de abandono o desamparo. La denominará *angustia agónica* y posiblemente se traduzca en vivencias relatadas por los pacientes como de vacío o no ser. Aquí lo que se pone en juego para Roitman (2013) en lo sustancial del paradigma winnicottiano, es lo relativo a la problemática del “ser”, en aquellos procesos por los cuales un sujeto puede apropiarse de su vida, crearla y recrearla. Tomar posesión o no, simbolización mediante, de su subjetividad, de su sí mismo (Roitman, 2013).

Desde otros parámetros psicoanalíticos para De León (1998) Lacan adhirió, en las primeras etapas de su pensamiento, a un punto de vista intersubjetivo, y posteriormente afincó en una concepción del aparato psíquico que privilegia la perspectiva intrasíquica. “Se trata de cómo la historia pulsional del sujeto marcada por el lenguaje deja ver su efecto en el discurso actual del paciente” (De León, 1998, p. 10). Aunque alejado de la perspectiva intersubjetivista que se establece como un eje del presente trabajo, sus postulados igualmente constituyen un aporte significativo. Autores actuales de esta corriente conciben al discurso capitalista como promotor de un rápido acceso y adhesión al consumo.

Consideran que:

Cuando hablamos de nuevas formas del síntoma, lo hacemos desde la comprensión de que en el síntoma existe, por un lado un envoltorio formal, que se coloca en relación a los significantes del Otro, y por otro lado el goce. La transformación del síntoma se encuentra en relación al envoltorio formal, bajo la forma de los significantes que la época impone (Anzalone, et al., 2010, p. 12).

Las coordenadas actuales se ordenan alrededor de los significantes que otorga la globalización, y constituyen una nueva vertiente discursiva del capitalismo que promueve y profundiza la crisis provocada por la declinación de la *metáfora paterna*, al instaurar límites más laxos entre el sujeto y su goce, un goce des-sujetado. Consecuentemente para estos autores hallamos respuestas generalizadas al malestar; las coordenadas referidas imponen al sujeto un desfile sin fin de objetos desechables y renovables, esperando ser consumidos, intentando negar la imposibilidad de la satisfacción del deseo. Los nuevos *significantes amos* generalizan

una relación más frugal e incierta entre los hombres y las cosas. En esta sociedad consumidora de objetos y sujetos prima la intensidad de deseos urgentes, inestables y momentáneos que resisten toda planificación y resguardo.

Actualmente, los ideales del deber ser y de renuncia a la satisfacción pulsional parecen en franca retirada, deslegitimizando el discurso del gran Otro. Lo que define lo *actual* parece estar en relación a la regulación del goce desde el mismo consumo, sin marco simbólico de prohibición. De ahí la necesidad de lo nuevo que garantizado desde la obsolescencia programada de las cosas, se convierte en imperativo de ley: no renunciar a nada. Se crea un nuevo orden del goce, el empuje al goce capitalista (Anzalone, 2010).

Esta nueva forma discursiva, podría ser considerada la causa de la existencia de una crisis actual de las figuras que encarnan la función simbólica, es decir no solo la crisis de la figura paterna [...] sino la crisis de todas las figuras que introducían un límite en relación del sujeto con su goce (Anzalone, 2010, p. 42).

Con la declinación del significante *el nombre del padre*, en su dimensión simbólica de límite e inscripción, el debilitamiento de su operativa se verá reflejado en el aumento de la compulsividad de los sujetos; así, la palabra aparece desplazada por el acto, como *acting out* o verdaderos pasajes al acto. Pero la satisfacción pulsional sin freno hace sufrir al sujeto y se reconocen en la clínica actual sujetos en posición de objetos, dominados por la sensación de vacío, y en ausencia de deseo (Anzalone et al., 2010). De esta forma, las llamadas *patologías de la desolación* se despliegan en el auge comunicativo, donde las redes sociales con su potencial de conexión múltiple-simultánea no parecen apagar el sentimiento de vacío. El incremento de casos de depresión y las adicciones entre otros malestares, imprimen un sello característico a la condición presente (Anzalone et al., 2010).

Siguiendo lo propuesto por los autores para el sociólogo Bauman (2008): “En el camino que conduce a la sociedad de consumidores, el deseo humano de estabilidad deja de ser una ventaja sistemática fundamental para convertirse en una falla potencialmente fatal para el propio sistema, causa de disrupción y mal funcionamiento” (2008, p.16). El consumismo, para el autor, está referido a la sociedad como un atributo de esta, en la cual la capacidad de desear de los individuos es separada, alienada y reciclada como fuerza externa.

En el sistema estructural construido por Lacan, el registro imaginario caracteriza el predominio de la relación con el semejante, proviene de la constitución del yo sobre la imagen del cuerpo y remite al estadio del espejo, una imagen especular como matriz imaginaria que inaugura las sucesivas identificaciones que darán soporte a la constitución del yo. (Sopena, 2002). Es la dimensión más relacionada con la identificación y el narcisismo. El marco simbólico de dicha operación lo otorga su madre (Otro), en el acto de confirmación del autorreconocimiento y en la inscripción nominativa en el orden simbólico: inscripción sobre un cuerpo imaginario que otorga un lugar identitario (Sopena, 2002). Los efectos de la virtualización constatables en la clínica actual pueden traducirse como “Una amplificación de la dimensión imaginaria con un aumento desmedido de lo especular” (Anzalone et al., 2010, p. 42). El fenómeno identificatorio, sustentado en los medios tecnológicos, potenciaría la proliferación de las llamadas *patologías narcisistas*.

Nos encontramos ante el advenimiento del reino de lo visible en detrimento de lo invisible. Para la socióloga Haroche (2015) las redes son vías de escape donde alejarse de una imagen demasiado restrictiva de sí mismo o donde poder existir de forma continua en los ojos de muchos, lo que permite al sujeto experimentarse existiendo. Lo invisible en nuestra sociedad tiende a significar intrascendente como más allá de lo inexistente; esto se ha intensificado ante la necesidad de visibilidad (Haroche, 2015). Para Guerra (2016) las *tiranías de la visibilidad* que señala Haroche, llevan al sujeto a sostenerse en una condición sensorial: ser visible para existir, y conjuntamente con la volatilización en la red, se podría hablar de *pluriidentidad virtual*; esta conlleva a “Una forma de libertad de movimiento en la subjetivación, como también ciertas formas de inestabilidad, ante la hipervalorización de la discontinuidad contra lo que puede ser estable, continuo, previsible” (Guerra, 2016, p. 3).

En tal sentido Viñar (2000) presagia efectos en la organización subjetiva, ante un real que se impone a lo simbólico. “Suponiendo que el cuerpo erógeno y la tormenta pulsional son (invariantes), o variantes menos sensibles al tumulto de la historia del presente, lo que importa es explorar la vertiente relacional” (Viñar, 2000, p. 5).

En esta vertiente relacional para Guerra (2016) se trasponen a los vínculos filiales las formas que toma la relación actual del sujeto con las cosas. Estas dinámicas los trascienden y condicionan conjuntamente con los otros efectos que venimos señalando. De esta manera, en determinadas situaciones afectarán la interioridad del

sujeto, el ambiente subjetivante y las relaciones intersubjetivas. El psicoanalista llega a interrogarse sobre las modalidades de presencia en el espacio intersubjetivo, para dar cuenta del riesgo de disritmia en el encuentro intersubjetivo del bebé con los padres. Allí estaría en juego la posibilidad de la ritmicidad del encuentro corporal, atencional y narrativo, que como señalamos anteriormente son factores que co-construyen el proceso de subjetivación. Para el autor en estos puntos se sostiene el factor ambiental, que propone atender a la hora de buscar explicaciones sobre el aumento alarmante de bebés con diagnóstico de sospecha de autismo. Asocia estos puntos directamente con las condiciones actuales de existencia a las que venimos refiriendo a través de los distintos autores, y que para Guerra (2016) afectan directamente la dimensión intersubjetiva.

A la luz de lo expuesto, es necesario atender los cambios en los parámetros en que acontece la experiencia humana, que posiblemente alteran la tensión relacional donde se constituye la autonomía individual, transformando asimismo el sostén identitario que al parecer hoy está conformándose en entramados sociales dominados por la pregnancia de la imagen. Para los autores nos situamos en una era articulada en una entidad discursiva que gira en torno a lo virtual y la transparencia, en condiciones de fluidez y lógicas de mercado globalizantes. Sus condiciones de existencia imponen efectos sobre los modos de vivir, pensar y actuar. Las dimensiones de sus efectos son constatables en la clínica. Todo esto nos induce en la necesidad de seguir reflexionando e indagando sobre las representaciones que actualmente surgen y convocan tras la pérdida de la hegemonía estatal y la instauración de un orden postradicional, que proponen los autores. Hoy las identidades se ven interpeladas, confrontadas a las transformaciones en torno al trabajo como eje de realización y pertenencia social, e impactadas por los efectos de la virtualización. De sus consecuencias ya hemos hecho referencia.

Frente a esto, debemos reflexionar sobre qué estrategias serán las apropiadas para dar sostén a la autonomía y de qué modos es posible habitar los nuevos espacios virtuales para que den cierta certeza de permanencia frente a la aparente aceleración con que transcurren rupturas y transformaciones. El psicoanálisis, entre otras herramientas, es un recurso posible donde considerar la singularidad de la apropiación, para dar cuenta de cómo el sujeto se coloca en el entramado intersubjetivo actual y qué contexto lo habilita a esto. Así considerado, puede contribuir rescatando un espacio donde el sujeto pueda pensarse de otro modo e intentar asumir

las condiciones de existencia actuales de contingencia y fluidez, para sostenerse por sobre los efectos referidos anteriormente. Puede constituirse en un recurso más donde recomponer sentidos y traerlos al campo de nuevas y posibles significaciones, para comprender y actuar.

A modo de conclusión

Freud construye parte de su edificio teórico, tomando la obra *Edipo Rey* para hacernos saber de nuestros deseos inconscientes, de nuestra culpa por ellos. Creación mítica que contiene en su más allá de la Historia, la historia de todos. Convertido en asesino de su propio padre y esposo de su propia madre, Edipo solo pide castigo para él. En uno de los diálogos finales, dice: “Porque ahorcarme no es bastante para purgar los crímenes que contra ellos dos he cometido” (Sófocles, 2004, p. 63). Edipo suplica a Creonte la peor pena “Que me echés de esta tierra lo antes posible, adonde mortal alguno me dirija jamás la palabra” (Sófocles, 2004, p. 65).

Para Edipo, la muerte no representa el peor de los castigos. Será el destierro, la pérdida de la vida en común *entre* los hombres, la pérdida del espacio *entre* sus miradas y *entre* sus palabras.

Hay historias silenciadas simplemente por vergüenza; muchas veces suele ser el silencio el último refugio de la dignidad humana. O es refugio donde solo esperar ilusoriamente que se desvanezca el dolor. O es silencio que surge del arrebató de las palabras ante el trauma o el desamparo.

Viñar propone que “El silencio y el vacío de pensamiento fomentan la marginación” (Viñar, 2008, p.183), también la del analista, por eso asume el compromiso de reflexionar sobre ella. Algo de esto intentamos transitar en el desarrollo de este trabajo: poner en palabras algunos efectos de las condiciones de vida contemporáneas, donde el silencio parece acompañar la contingencia, la incertidumbre y la perplejidad de un lazo social fragmentado; donde la experiencia y el acto del reconocimiento pujan por existir. Para Montañez Fierro “En la hipermodernidad los lazos intersubjetivos son perecederos, se desvanecen” (Montañez Fierro, 2014, p. 143).

Ante lo que no está garantizado, el sujeto parece buscar afanosamente en la virtualización o el consumismo donde se le propone un sitio o un anclaje identitario

que contrarreste las destituciones que la globalización le impone. Fuimos considerando parte de estas variables históricas que hacen al entramado social, donde los modos actuales de producción subjetiva se conforman. Intentamos dar cuenta del valor central del reconocimiento intersubjetivo y la pertenencia como fundantes de lo humano y destacar cómo sus ausencias constituyen factores de sufrimiento, de vulnerabilización social e individual.

Nos proponemos pensar, para finalizar este trabajo, en algunas fronteras como las que impone el silencio del desamparo psíquico que comprometió la capacidad simbolizante, o las que impone el silencio en los lazos rotos de la exclusión social que condena al sujeto a la ausencia de un proyecto donde refugiarse, o las del imperio de las imágenes donde los registros sensoriales parecen desplazar la palabra. La pregunta es cómo salir del envoltorio vacío del silencio, cómo recuperar de ese envoltorio con palabras al semejante.

Considera Bleichmar (2005) que la apropiación narrativa, la oralidad y la comunicación, mediatizadas o no por la tecnología, siguen siendo el núcleo de los procesos de construcción de sentidos en nuestra cultura, aunque enmarcadas en el modelo cognitivo que impulsó la modernidad, y que hoy está en crisis. Para la autora, cada nuevo cambio tecnológico será reprocesado en *un* aparato psíquico bajo los modos particulares que *su* subjetividad imponga, recuperando así la autora la singularidad humana (Bleichmar, 2005). Para ella tal vez hoy la narrativa clásica no tiene cabida, será la imagen la que articule y construya sentidos. Quedará como tarea pendiente recomponer los puentes e impedir que la imagen devore los sentidos para posibilitar “Una conjunción de la narración y reactualización vivencial que permita una rearticulación de las significaciones establecidas” (Bleichmar, 2005, p. 76). En este sentido, para la psicoanalista lo que la tecnología aún no ha alterado es la búsqueda humana motivada por preocupaciones singulares e inconscientes, asimiladas por los modos particulares que su subjetividad le imponga. Dichas preocupaciones aún llevan a los sujetos a las consultas, y es oficio del psicoanálisis ponerlas en palabras.

Lo que parece interpelado como condición de época es el lugar de la palabra y la narración. En este sentido hablamos de las fronteras que impone el vacío de pensamiento y el silencio, las que hay que franquear para forjar procedimientos de pensamiento que funcionen como lazo aun en el devenir aleatorio y contingente en que vivimos. Para Montañez Fierro (2014) un lazo posible es a través de una *lógica*

narrativa donde elaborar las experiencias vitales, singulares y originales del sujeto y el colectivo. Para reconsiderar valores confinados en “Esquemas prefijados, cerrados y autorreferenciales de los principios, y ser cotejados. Facilitar el intercambio, el encuentro. Hacer posible una narración que renueve, re-mueva viejos conceptos, generando nuevos lenguajes” (Montañez Fierro, 2014, p. 144).

El psicoanálisis enfocado en la singularidad del sujeto se embarca en su empresa; su materia prima es el sufrimiento, el síntoma y la repetición, efectos que insisten sin poder articularse en un texto que pueda reconocerse como propio.

El inconsciente está escribiendo constantemente y conduce a la repetición. Cuanto menos se sabe, más trabaja. Sólo el esfuerzo de producir un saber sobre el inconsciente, en el análisis, es lo que puede permitir un descanso a la máquina de repetir que el inconsciente comporta” (Fernández Blanco, 2010, p. 3).

Este descanso habilita la emergencia de una nueva versión de la historia como posible escritura creativa y original de un protagonista menos condicionado.

A la luz de todo lo expuesto Viñar (2000) apuesta al progreso de la inteligibilidad que atraviesa constancia y alteración, buscando los operadores que las habilitan desde la *fenomenología del presente*, concepto tomado del historiador Lewkowicz. Se aleja de la idea de un presente que se despliega desde un pasado que contiene su explicación. Apunta a lo disruptivo y contingente; la fenomenología del presente que “No reconoce génesis ni desarrollo, que no reconoce nexos con la tradición y los perfiles identitarios pretéritos y se concibe como un presente rupturista y revoltoso, autoengendrado, sin marcas previas” (Viñar, 2000). Señala el *historizar* como pasadizo del tiempo que sostiene nexos de sentido en la discontinuidad temporal. “El eslabón que nos falta es comprender cómo la historia singular]... [se articula con las pautas dominantes del lazo social” (Viñar, 2000). Para el autor, se trata de construir su historia titilante y dar sentido al padecer singular no aislable del entramado histórico dominante, ni de las historias de vida; un sentido que fluctúa anexando pasado y presente. Transitar por una historización que se sostiene en el cambio, la ruptura, el adelgazamiento del narrador como nunca antes. Si se suspende el *efecto sujeto* la tramitación posible tiene la propiedad de no pensable y sin inscripción (Viñar, 2000).

Desde la epistemología, Najmanovich (1995) plantea que el ejercicio de la función historizante, alejada del establecimiento de la historia como una única verdad, habilita la construcción de una narración posible y coherente que nos posibilite producir

sentidos. Lo postula en relación a nuestro navegar histórico, desde donde aspira de modo lúcido y comprometido a narrar lo inenarrable para anclar el pensamiento y comprender (Najmanovich, 1995).

Lo fundante de la presencia del otro en la constitución psíquica y subjetiva de los sujetos que hemos intentado mostrar en el desarrollado de este trabajo, surge de algunos conceptos fundamentales del psicoanálisis. Los elegimos para poder dar cuenta de cómo las relaciones intersubjetivas que habilitan el reconocimiento y la pertenencia, y también los anclajes identitarios al sujeto y al colectivo, no están aseguradas, y, posiblemente, en la actualidad se conformen en dimensiones configuradas desde parámetros inéditos y en permanente cambio. La contingencia como condición del pensamiento, seguramente será el sustrato donde desarrollar una narrativa compartida que otorgue la permanencia suficiente al sujeto como para se sostenga en ella. Y al decir de Schroeder (2008), "*Hacer pensable*, junto con otros, el imprescindible rescate ético de nuestra contingente condición humana" (Schroeder, 2008, p. 151).

Para Montañez Fierro "El entramado de la subjetividad de las diferencias y la ciudadanía es parte de una libertad contingente" (2014, p.145). Alcanzarán las palabras? Sabemos que no, que es el pensamiento y las acciones compartidas, como propone H. Arendt. El espacio compartido es la acción, la irrupción temporal de hombres a la vez distintos e iguales, que constituyen la posibilidad de vivir bajo condiciones de libertad. (Mallo, 2003). Por lo que es ineludible la necesidad permanente de generar espacios e instancias donde propiciar mayor encuentro, riqueza representacional y capital simbólico para comprender, juzgar y generar la capacidad reflexiva propuesta por Honneth (1997) como motor de su lucha moral.

En lo personal solo me queda agradecer a todos los que me acompañaron, alentaron e hicieron posible que cursara y finalizara esta enriquecedora formación que amplió profundamente mi comprensión de la condición humana y me transformó en muchos sentidos. Ello me coloca en la perspectiva, como ser humano y como ciudadana en un compromiso ético, de no silenciar en mí la indignación que cada día me despierta el ser testigo de la indiferencia de muchos, ante el modo como son arrojados del registro especular, tantos otros.

Referencias bibliográficas

- Anfusso, A. y Indart, V. (2009). *¿De qué hablamos cuando hablamos de Winnicott?* Montevideo: Psicolibros Waslala.
- Anzalone, E. (2010). La anorexia como síntoma de la contemporaneidad. En E. Anzalone, J. Bafico y M. González Imaz (comps.), *La actualidad del síntoma* pp 37-43. Montevideo: Psicolibros Waslala.
- Anzalone, E., Bafico, J., Brodsky, G., Cancina, P.H., Gerez, M., González Imaz, M.,... Yellati, N. (2010). Prólogo. En E. Anzalone, J. Bafico y M. González Imaz (comps.), *La actualidad del síntoma* pp 13-14. Montevideo: Psicolibros Waslala.
- Araújo, A.M., Ferreira, S. y Weisz, B. (2008). *Trabajo y no-trabajo: Repercusiones psicosociales del desempleo y la exclusión*. Montevideo: Nordan-Comunidad.
- Balaguer, R. (2003). *Internet: un nuevo espacio psicosocial*. Montevideo: Trilce.
- Bayce, R. (1995). *Medios de comunicación y vida cotidiana*. Montevideo: Multiplicidades.
- Bauman, Z. (2005). *Identidad*. Buenos Aires: Losada.
- Bauman, Z. (2008). Consumismo vs. Consumo. *Relaciones. Revista al tema del hombre*, (286) ,16-18. Montevideo: Relaciones.
- Benjamin, J. (1997) *Sujetos Iguales, Objetos de Amor: Ensayos sobre el reconocimiento y la diferencia sexual*. Buenos Aires: Paidós.
- Berenstein, I. (2000). Notas sobre la violencia. *Psicoanálisis AP de BA*, 22 (2), 257-271. Recuperado de www.apdeba.org/wp-content/uploads/022000berenstein
- Bleichmar, S. (2005). *La subjetividad en riesgo*. Buenos Aires: Topía
- Burgueño, M., Grieco, L., Pires, V. y Torres, S. (2000). Aproximaciones a la noción de LO TRANSICIONAL desde la perspectiva de D. W. WINNICOTT. Universidad de la República. Facultad de Psicología. Unidad de formación permanente para graduados.

- Fernández Blanco, M. (2010). Más allá del principio de placer: La repetición. *Consecuencias. Revista digital de psicoanálisis, arte y pensamiento*, (4). Recuperado de http://www.revconsecuencias.com.ar/ediciones/004/template.php?file=arts/alcances/fernandez_blanco.html
- Cantarelli, M., Lewkowicz, I. (coords.)(2001). *Del fragmento a la situación: Notas sobre la subjetividad contemporánea*. Argentina: Gráfica México
- Casas de Pereda, (1988). El Desamparo del Desamor: A Propósito de la depresión en la infancia. *Revista uruguaya de psicoanálisis*, (67). Recuperado de www.apuruguay.org/apurevista/1980/1688724719886704.pdf
- Casas de Pereda, M. (1999). *En el camino de la simbolización: Producción del sujeto psíquico*. Buenos Aires: Paidós.
- De León de Bernardi, B. (1998). *La noción de narrativa en psicoanálisis*. *Revista uruguaya de psicoanálisis*, (88). Recuperado en www.apuruguay.org/apurevista/1990/1688724719988813.pdf
- Fascioli, A. (2008). Autonomía y reconocimiento en Axel Honneth: un rescate del sistema de la eticidad de Hegel en la filosofía contemporánea. *Rev. Actio*, (10), 21-25. Recuperado en <http://www.actio.fhuce.edu.uy/Textos/10/Fascioli10.pdf>
- Fernández, A. (1989). *El campo grupal*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Gaulejac, V.de (2008). *Las fuentes de la vergüenza*. Buenos Aires: Mármol-Izquierdo.
- Giorgi, V., Kaplún, G. y Morás, L. (2012). *La violencia está en los otros: La palabra de los actores educativos*. Montevideo: Trilce.
- Guerra, V. (2009). [Mesa niños]. *Revista de psicoterapia psicoanalítica*, 7(3), 153-160. Recuperado de www.audepp.org/revista/volumenes/tomo-vii/tomo-vii-no-3/
- Guerra, V. (2014). Subjetivación del bebé e implicación parental: indicadores de intersubjetividad en bebés de 0 a 24 meses. En S. Balparda, J. Ferrando, F. González, J. Lasida, M. Montañez y D. Schroeder (Coords.), *Parentalidades y cambios familiares: enfoques teóricos y prácticos*, pp.168- 183. Montevideo: INAU.

- Guerra, V. (2016). Formas de (Des) subjetivación infantil en los tiempos de aceleración: Los Trastornos de Subjetivación Arcaica. *Revista de Psicoanálise da SPPA*, 23(1). Recuperado de <http://revista.sppa.org.br/index.php/RPdaSPPA/article/view/231>
- Haroche, C. (2015). Subjects in the face of contemporary acceleration and limitlessness. *Educação e Pesquisa*, 41(4), 851-862. Recuperado de <https://dx.doi.org/10.1590/s1517-97022015041920>
- Honneth, A. (1987). *La Lucha por el Reconocimiento: Por una gramática de los conflictos sociales*. Barcelona: Crítica-Mondadori.
- Hornstein, L. (2013). *Las encrucijadas actuales del psicoanálisis: Subjetividad y vida cotidiana*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Lewkowicz, I. (2001). *Ley jurídica, ley simbólica, ley social*. pp. 1-13. Recuperado de <http://documents.mx/documents/ley-simbolica-ley-social-ley-juridica.html>
- Lewkowicz, I. (2006). *Pensar sin estado: La subjetividad en la era de la fluidez*. Buenos Aires: Paidós.
- Lewkowicz, I. (2004). Todo lo sólido se desvanece en la fluidez. [Entrevista]. *Campo Grupal*, 6(56) 8-10. Recuperado de <http://www.psicosocial.edu.uy/bahia/56.pdf>
- Mallo, S. (2003). Hannah Arendt: el riesgo de pensar. *Relaciones. Revista del hombre*, (227), 13. Montevideo: Relaciones.
- Montañez, S. (2012) *La crisis del reconocimiento: Una discusión de la problemática social de la subjetividad vulnerable*. Tesis para acceso al título de Magister en Ciencias Humanas, opción Filosofía Contemporánea (FHUCE-UdelaR), defendida en junio 2012. Resumen publicado en *Entre-dos Universidades Cyberdemocracia*. Boletín N.2, Paris VIII-UdelaR, marzo 2013. Recuperado de <http://www.entre-dos.org>
- Montañez Fierro, S. (2013). Ciudadanía-subjetividad-reconocimiento ¿lazo social? Ponencia presentada en Coloquio Internacional Ciudadanías Contemporáneas. Cuestionarios y escenarios UdelaR Paris VIII, 28 al 30 de noviembre de 2013. Recuperado de www.coloquiosciudadanias.org
- Montañez Fierro, S. (2014). Parentalidades/reconocimiento/amor/autonomía. En S. Balparda, J. Ferrando, F. González, J. Lasida, M. Montañez y D. Schroeder (Coords.),

Parentalidades y cambios familiares: enfoques teóricos y prácticos, pp.136-148.
Montevideo: INAU.

Najmanovich, D. (1995) *El lenguaje de los vínculos*. Buenos Aires: Paidós

Ricoeur, P. (2006). *Caminos del reconocimiento: Tres estudios*. México: Fondo de cultura económica.

Roitman, P. (2013). Revalorización actual de la obra de Donald W. Winnicott: ¿Qué es lo auténticamente nuevo en la teoría de Winnicott? *Revista de Psicoanálisis*, 70 (2/3), 533- 555. Buenos Aires: APA.

Sartori, G. (1997). *Homovidens: La Sociedad Teledirigida*. Buenos Aires: Taurus.

Sauerwald, G. (2005). Reconocimiento versus Comunicación. *Relaciones. Revista al tema del hombre*, (259), 10-12. Montevideo: Relaciones.

Schroeder, D. (2008). Exclusión social. Aportes del psicoanálisis a los procesos de inclusión. En Asociación psicoanalítica Uruguaya. *Exclusión-Inclusión II. Coloquio Emergencia Social*, 144-151. Montevideo: APU.

Singer, F. (2011). Depresión y Depresividad. En N. Burghi, M. N. Rodríguez y R. Zytner (comps.), *Voces de la clínica*, pp. 73-83. Montevideo: Psicolibros Universitario.

Singer, F. (2007). [Documento de circulación interna. S.A.P.P.A.]. *De la clínica borderline a una clínica contemporánea de los "casos difíciles"*, pp.1-22.

Sófocles (2004). *Edipo Rey – Antígona*. Buenos Aires: Agebe.

Sopena, C (2002). Lacan, los tres registros: Real, simbólico, imaginario. *Relaciones. Revista al tema del hombre*, (218), 6-7. Montevideo: Relaciones.

Vargas Valente, V. (1999). Ciudadanías globales y sociedades civiles: Pistas para el análisis. *Nueva Sociedad. Democracia y política en América Latina*, (163), 125-138.

Viñar, M. (2000). El psicoanálisis en el vértigo de la mutación civilizatoria. La práctica psicoanalítica en el contexto actual. *Revista uruguaya de psicoanálisis*, (91).
Recuperado de www.apuruguay.org/apurevista/2000/1688724720009110

Viñar, M. (2008). ¿Qué puede decir un psicoanalista sobre exclusión Social? En Asociación psicoanalítica del Uruguay, *Exclusión-Inclusión II. Coloquio Emergencia Social*, 181-189. Montevideo: APU.

Winnicott, D. W. (1992). El miedo al derrumbe. En M. Davis, R. Shepherd y C. Winnicott, (ed.), *Exploraciones psicoanalíticas I*. pp. 111-121 .Buenos Aires: Paidós.

Zufiaurre, L. (2005). La diagramática tecnopolítica de la imagen. En A. M. Folle Chavannes y A. L. Protesoni (comps.), *Tránsitos de una psicología social*, pp. 143-147. Montevideo: Psicolibros Waslala.